

### 13. El deseo que define el yo

Decía que sintiendo una vocación, el corazón humano emerge como de las olas del mar para manifestar que existe, y que existe justamente como una petición de vida, como una petición de salvación. Entonces es cuando se afirma en el hombre el yo, una identidad, su ser persona.

Este tema, de la identidad del yo, quizá se ha convertido en la sociedad y cultura en la que hoy vivimos en algo más dramático que nunca, pero no es un tema nuevo. Efectivamente, sabemos que en el Prólogo de su Regla monástica, san Benito pone en escena a un Dios a la búsqueda del hombre, y que lo busca “*in multitudine populi*” (RB Pról. 14), entre la multitud. ¿Qué quiere decir buscar un hombre entre la multitud? ¿Acaso la multitud no es un gentío de hombres? No es como buscar una aguja en un pajar, sino que es como si Dios buscara una aguja en medio de un millón de agujas. ¿No bastaría con coger uno? ¿Acaso no son todos iguales? El hecho es que Dios no busca un hombre cualquiera. Lo busca con una cualificación precisa, que expresa citando el salmo 33: “¿Hay un hombre que quiera la vida y desee días de felicidad?” (Sal 33,13; Pról. 15). Y para encontrarlo en medio del gentío múltiple del pueblo, Dios tiene que *gritar* esta pregunta: *clamat*.

San Benito se complace en presentarnos a un Dios en búsqueda frenética, diría angustiada, como un padre o una madre que hubieran perdido a su hijo en medio del gentío. Pero esto que identifica de manera precisión al hombre que Dios necesita, no es un nombre, porque Dios no sabe todavía quién es este hombre, sino un deseo de vida y de felicidad: ¿Quién es el hombre que quiere (*vult*) la vida y desea (*cupit*) ver [es decir, tener experiencia] días felices, “*dies bonos*”: días buenos y hermosos.

Y es precisamente ante esta pregunta cuando aparece por primera vez en el texto de la Regla la palabra *ego*, yo. “Si tú, al oír esto, respondes: ¡Yo!...” (Pról. 16). En la multitud, Dios busca un hombre que responda “yo” a la pregunta: ¿Quién desea la vida y la felicidad?

En pocas líneas, san Benito, junto a toda la tradición bíblica y patristica, ha transmitido a la humanidad un concepto fundamental, del que dependerá más o menos la verdad, más aún: dependerá más o menos la *humanidad* de la cultura de cada época.

Este concepto contempla la definición del yo humano, del yo personal propio del hombre, que el hombre ha recibido de Dios y que ni siquiera el pecado original ha podido eliminar. Es decir, que lo que define y cualifica el yo, lo que define y cualifica la identidad de un hombre no es primeramente una posesión, sino *un deseo*. San Benito nos recuerda que el yo no está definido por lo que tiene, ni tampoco por lo que es en sí mismo, o cree ser, sino por el deseo que dirige a otro, por el deseo de un bien para sí mismo, que él no se crea, que no se da a sí mismo.

Me parece fundamental recuperar esta concepción del yo, o más bien, este sentimiento, esta conciencia del propio yo, porque en el fondo es ahí donde se anida, me parece en todas las culturas, el malestar más profundo de la sociedad contemporánea. El problema de toda sociedad o época cultural, no es tanto los miles de problemas emergentes en ella, sino la conciencia de sí mismas de las personas que allí viven.

La humanidad es, de una u otra forma, una "*multitudo populi*", como escribía san Benito, expresión que sugiere la idea de una multiplicidad anónima, unida a la misma vez en el tiempo y en el espacio, pero recorrida por divisiones, divergencias, conflictos, contradicciones. Cada ser humano forma parte de esta multitud, y como tal, está sujeto a condicionamientos y presiones. Las tensiones inherentes a este formar parte de un todo múltiple, suscitan fuerzas positivas y negativas, que unen tanto para el bien como para el mal, que pueden dividir de un modo destructivo, o separar para construir una nueva unidad, una nueva armonía.

Todo esto es propio de cada época, de cada cultura, de cada tipo de sociedad, pero vivimos en una época en la que condición de "multitud" de la sociedad se ha globalizado, y, por lo tanto, acentuado. Acentuado por la dispersión, como cuando se extiende poca mermelada sobre una superficie de pan más grande. La globalización "extiende" lo humano sobre un espacio siempre más indefinido, dispersando y diluyendo la identidad del yo. Si Dios busca un hombre que desea la vida y la felicidad, si busca un hombre que diga "¡Yo!", dejándose definir de este modo por el deseo de lo que no se da por sí mismo, ni recibe de la multitud, es como si tuviera que buscarlo en una multitud que es, al mismo tiempo, más concentrada y más dispersa. El yo está más escondido que nunca, más disperso que nunca, más ahogado que nunca, en un mar de anonimato, de nivelación de la identidad, de confusión en cuanto a la conciencia de uno mismo.

Y diría que es precisamente en la manera de definirse como deseo, cuando el yo es errante, cuando el yo es una oveja descarriada. Cada vez estoy más convencido, de que si hay una influencia negativa de los actuales medios de comunicación sobre el yo, si hay algo del mundo informático que deteriora a la persona, es precisamente lo que se refiere a la capacidad humana de deseo, de espera, de estupor, de pregunta. El "todo-rápido" que mide la calidad atribuida a los medios de comunicación, si por una parte puede ser un instrumento de crecimiento, de desarrollo, de formación, por debajo deteriora el yo, la naturaleza más profunda y más preciosa del yo humano. "Todo-rápido" es la fórmula sintética de una sed de poder que viene a prevalecer sobre el deseo del infinito, y que lo suplanta en el corazón del hombre. Una sed de poder que quiere aferrar sin deseo todo el espacio y el tiempo, reduciéndole a la mezquindad inmediata de una medida que pretendemos controlar, poseer.

Sin embargo, si los medios de conocimiento y comunicación de hoy día son conducidos por un corazón sediento de infinito, pueden ser instrumentos valiosísimos de esta apertura que exalta lo humano. Pero el hombre deberá tener una conciencia de su "yo" que le permita utilizar esta "red" sin dejarse coger en sus mallas.